

Un nuevo contrato social

“Es como si obedeciesen, como si hubiesen hecho un juramento para que la cantidad de luz no disminuya en el mundo”.

Así habla José Cemí, el protagonista de la novela-poesía *Paradiso*, escrita por Lezama Lima en 1966, de su madre y de su abuela. Así habla del poder generador de las mujeres, y de su capacidad para mantener la armonía social. Me gustaría compartir con ustedes durante los próximos minutos una reflexión sobre este poder y esta capacidad.

Muchas gracias a la Fundación Caja de Badajoz por confiar en mí para tener esta oportunidad de navegar juntos por sitios imaginarios. Desde que la física cuántica ha sido capaz de empezar a explicar que en parte somos, y en parte devenimos resultando de la construcción de un futuro de los muchos posibles, nos hemos reconciliado con la imaginación. Antes, hablar de imaginación, y más aún en una tierra dura como la nuestra, era muchas veces sinónimo de lo fabuloso, de lo que no existe, de fantasía pueril enfrentada a lo tangible, a lo sólido, a lo real. Ahora sabemos que imaginar es prever algunos de los futuros posibles, y por lo tanto es el primer paso en el proceso de ejecución de cualquier proyecto o empresa, es decir, de aquellas realidades que nacen frente a otras realidades que van muriendo. Como decía Joseph A. Schumpeter: “Lo que se ha hecho anteriormente tiene la realidad de todas las cosas vistas y experimentadas; lo nuevo es solamente el resultado de nuestra imaginación. Llevar a cabo un nuevo plan, y actuar conforme a la costumbre, son cosas tan diferentes entre sí como hacer un camino o recorrerlo.” De esto saben mucho las empresarias y empresarios que se reúnen hoy aquí, creadores naturales de caminos nuevos.

Está muy de moda últimamente Schumpeter, este gran retratista de la función de liderazgo social y económico del empresario, posiblemente porque fue el inventor de ese término que, en los últimos años, parece describir bien lo que ha venido pasando: la “destrucción creativa”, que bien podría llamarse, en un retruécano estético, “creación destructiva”. Para Schumpeter, que dedicó mucha energía a estudiar los cambios, el desarrollo o desenvolvimiento es un cambio espontáneo y continuo en la corriente circular económica normal de bienes y servicios, una alteración del equilibrio que desplaza el equilibrio anterior, y el empresario es el portador de dicho mecanismo. Si el desenvolvimiento se define como la práctica de nuevas combinaciones de recursos productivos, las empresas se describen como aquellas que llevan a la práctica estas nuevas combinaciones. La función de la empresa y de sus ganancias, según este sabio, “hace referencia a la creación de nuevas cosas, a la realización del sistema futuro de valor. Las empresas son al mismo tiempo la criatura y la víctima del desenvolvimiento”. Se establece así una relación íntima y lógica entre empresa, producción, valor, y futuro.

Cien años más tarde de escribirse estas palabras, la creación destructiva ha acelerado su ritmo y su amplitud, y como dice el catedrático británico Ralph Stacey, el proceso actual ha dejado bastante claro que los líderes y los gestores ya no tienen el poder de elegir el futuro de sus organizaciones como asumen las teorías dominantes en materia estratégica, y por lo tanto es necesario “pensar sobre cómo pensamos, de manera que podamos entender mejor lo

que hacemos, antes que seguir aplicando continuamente las ideas convencionales”. Voy a señalar solo tres características especialmente determinantes de nuestra realidad contemporánea: globalización, complejidad y velocidad, acentuadas todas ellas por los avances de la ciencia y la tecnología. En el escenario mundial de los últimos 30 años, los movimientos internacionales de bienes, servicios, capital, personas y conocimiento han cambiado radicalmente la forma en que países y empresas organizan la producción. Esta situación nueva requiere nuevas estrategias, por varias razones. La primera de ellas es que el grado de complejidad alcanzado por nuestro entorno simplemente nos desborda, y necesitamos recursos agregados en forma dinámica con estrategias orgánicas, experimentales y colaborativas, que permitan afrontar la sofisticación de los nuevos problemas.

En segundo lugar, sabemos desde tiempos de Heráclito, que todo fluye (*πάντα ρεῖ*, *Panta Rei*), que “en los mismos ríos entramos y no entramos, pues somos y no somos los mismos”. Cambia el río de la vida, y cambiamos también los que nos bañamos en él, cambian pues las formas de hacer. No adaptarnos al cambio refuerza el efecto erosionador del tiempo sobre nosotros y nuestras organizaciones, efecto que es, en pura termodinámica, la destrucción creativa en que consiste el flujo de la existencia.

En tercer lugar, como dice el profesor de Oxford Ha-Joon Chang, la hiperglobalización de las tres décadas del cambio de siglo “no ha creado el mejor de los mundos posibles, al contrario, el crecimiento económico se ha ralentizado, las desigualdades han crecido, y la crisis financiera se ha convertido en un elemento habitual”.

Hay buenas razones para cambiar de estrategia que nos recomiendan los estudiosos, pero déjenme proponerles otra que quizás pueda resultar útil: quizás la cultura empresarial y social dominantes se han alejado recientemente de esa relación íntima y lógica entre empresa, producción, valor, y futuro, que mencionaba antes. Quizás hemos renunciado en parte a producir y hemos abusado de la especulación, y ahora el delicado equilibrio entre empresa, valor y futuro se vea amenazado porque no somos ya criaturas y creadores de desenvolvimiento, en palabras de Schumpeter, sino sus víctimas, los destructores destruidos. Quizás por ello, como dice Stacey, hemos abierto la Caja de Pandora y por ello no tenemos ya el poder de elegir el futuro de nuestras organizaciones en la forma que nos enseñaron a pensar las teorías dominantes en materia estratégica, sino que somos barquitos de papel en un océano en plena tormenta. Y quizás podamos, a pesar de todo, recuperar el equilibrio.

Michael Porter, recoge la Wikipedia, es profesor de la Harvard Business School y autoridad global reconocida en temas de estrategia de empresa, consultoría, y desarrollo económico de naciones y regiones. Desde una orientación inicial a temas de competitividad, con innovaciones tan importantes como la cadena de valor, el modelo de las cinco fuerzas, los clusters, o el concepto mismo de ventaja competitiva, Porter ha ido poniendo cada vez más el foco en el entorno social de compañías y organizaciones. Fruto de ello, durante este siglo, son sus aportaciones relativas a responsabilidad social y valor compartido.

De su artículo escrito en 2011 junto con Mark Kramer, “Creando Valor Compartido”, me van a permitir que entresaque tres frases:

1ª: “El sistema capitalista está en entredicho. En los años recientes, los negocios se han visto cada vez más como una gran causa de problemas sociales, ambientales y económicos. Hay una amplia percepción de que las empresas crecen a expensas del resto de la comunidad.”

2ª: “Una parte enorme del problema reside en las empresas mismas, que permanecen atrapadas en una visión caduca de la creación de valor emergida en las últimas décadas. Continúan con una visión estrecha de la creación de valor, optimizando el desempeño financiero a corto plazo dentro de una burbuja, y olvidando las necesidades más importantes de los clientes y los factores fundamentales que determinan su éxito a largo plazo.”

3ª: “El capitalismo es un medio sin igual para satisfacer las necesidades humanas, mejorar la eficiencia, crear empleo y aumentar la riqueza. Pero una concepción estrecha del capitalismo ha evitado que las empresas hayan sido capaces de desplegar todo su potencial para dar respuesta a los retos esenciales de la sociedad.”

Insisto, estas no son palabras mías, sino de Michael Porter, el autor de “La Ventaja Competitiva de las Naciones”. La función de la empresa, dice Porter, debe ser redefinida como creadora de valor compartido, no de simple beneficio por sí mismo. Debe ser el crecimiento no a costa de la sociedad, sino al lado de ella, expandiendo el valor económico y social total que se produce cada día.

Estamos hablando de la femenina capacidad generadora de la empresa, de su capacidad innovadora y creadora, de su potencia matriz, de su papel como institución económica productora y no especulativa que puede ayudar a mantener la armonía en la sociedad. Igual que lo expresaba José Cemí, como si en lugar de mandar, las organizaciones sirviesen a la sociedad, “como si hubiesen hecho un juramento para que la cantidad de luz no disminuya en el mundo”. Hablamos, en términos absolutos, de un nuevo contrato social que humildemente creo se está empezando a gestar.

El nuevo acuerdo social y económico deberá recoger la esencia de todo el contractualismo desde Locke y Rousseau hasta Rawls o Habermas, a saber: alcanzar una limitación razonable de las libertades personales a cambio de normas e instituciones que garanticen la estabilidad y las ventajas alcanzadas por nuestro cuerpo social. Pienso que en espacios como la Unión Europea el avance registrado ha sido tan relevante, que convierte en perentorias la sostenibilidad de la economía social de mercado, su profundización, y su extensión a aquellas zonas del mundo que están aún muy lejos de nosotros. No hay mejor política de seguridad que la generalización de la prosperidad y del bienestar, como empiezan a afirmar personas tan dispares como Thomas Picketty o el Papa Francisco. Las grandes necesidades contemporáneas se distribuyen así en dos grupos: por un lado este componente ya muy antiguo, el combate contra la desigualdad. Y por otra parte, debemos afrontar el reto de la sostenibilidad ambiental, que a diferencia del anterior ha comenzado a convertirse en un riesgo global recientemente, cuando por causas relacionadas con la actividad humana hemos generado una situación de seria amenaza mundial por las dificultades masivas de acceso a la energía, al agua y a los alimentos.

Instituciones creadoras y responsables serán la diferencia entre disfrutar de una Sociedad del malestar o una Sociedad del bienestar, y ello depende de nuestras opciones colectivas configurando organizaciones al servicio de todas las personas, y no personas al servicio de las organizaciones. Es una necesidad común para todas las instituciones que compartimos este momento histórico, empresas, administraciones públicas y entidades sin ánimo del lucro, recuperar los valores básicos de la civilización contemporánea: libertad, igualdad y fraternidad, y, si me permiten añadirlo, cultura. Sobre estos valores ya conocidos y adquiridos se puede dibujar un nuevo contrato social y económico, derivado también del agotamiento de los gobiernos y de las fuerzas políticas clásicas y de las recientes, tanto a izquierda como a derecha, desbordadas todas ellas por la intensidad y la profundidad de los cambios globales, como nos recuerda Zygmunt Bauman.

Y sin embargo, es a las fuerzas políticas a las que corresponde liderar en democracia el proceso de construcción de un nuevo pacto general, frente al pacto particular de un pequeño grupo. Ha-Joon Chang explica que “el mundo se ha globalizado en la manera en que lo ha hecho en las últimas tres décadas solamente porque los gobiernos más poderosos y la élite de los negocios del mundo más rico decidieron que ocurriera así”. El 1% ha construido el escenario para el 99 % restante de la humanidad. Y desde hace dos días sabemos por Intermon Oxfam que el año que viene ese 1% concentrará más de la mitad de la riqueza global, y que las 85 personas más ricas poseen una riqueza equivalente a la mitad de la población mundial. Cualquiera que lo piense un poco, reparará en el peligro de consolidar una situación como esta, y en la conveniencia de acompañar un proceso que ayude a evitar este peligro.

En palabras del filósofo John Rawls, “la equidad surge cuando personas libres, que carecen de autoridad las unas sobre las otras, se embarcan en una actividad conjunta y establecen o reconocen entre ellas las reglas que definen esa actividad y que determinan las respectivas cuotas en los beneficios y cargas”. Frente a la lucha de clases y frente al capitalismo darwiniano, en los que una parte queda vencedora, un nuevo contrato social puede armonizar los intereses de las empresas, la administración pública y la sociedad civil. Dice Mary Parker Follett que más allá de la dominación de uno o de algunos, incluso más allá del compromiso en el que todos debemos ceder, debemos buscar la integración, entendida como invención, como esa capacidad de trasladar el debate a otro ámbito, ámbito en el cual, yendo a lo básico, podemos encontrar un lugar común, una tercera vía o nuevo espacio que inicialmente no existía.

Sé que algunas de estas ideas pertenecen al campo de “pensar sobre cómo pensamos, de manera que podamos entender mejor lo que hacemos, más que seguir aplicando continuamente las ideas convencionales”, como dice Stacey. Pero preguntémonos si seguir con las ideas convencionales no nos estará alejando del éxito y de la felicidad, pese al hecho paradójico de que, quizás por primera vez en la Historia, nos encontramos colectivamente en posesión de todo lo necesario (conocimiento, tecnología, recursos naturales) para garantizar el buen vivir de toda la humanidad.

Me gustaría terminar esta reflexión, a la que les agradezco inmensamente que hayan prestado su tiempo, con una aportación de Henry Mintzberg, para mí uno de los

intelectuales, desde el mundo de la estrategia empresarial, más capacitados para darnos consejos razonables en estos tiempos tan apasionantes que nos ha tocado vivir. Mintzberg ha escrito un librito llamado “Restableciendo el equilibrio de la sociedad”, en el que propone un nuevo orden para conciliar lo público, lo privado y el tercer sector, basado en el “interés propio bien entendido” definido en su día por Alexis De Tocqueville, y cita esta frase de Tom Paine: “Tenemos el poder de reiniciar el mundo una y otra vez.” Y prosigue: “en el mundo empresarial es mucho más interesante la exploración de nuevas posibilidades que la explotación de las viejas certezas, porque esta última vía, si bien es efectiva a corto plazo, suele ser autodestructiva a largo plazo. En el pasado, teníamos que trabajar duro para producir cosas útiles. Hoy, tenemos que consumir cosas inútiles para poder trabajar. Terminemos con la obsesión por el crecimiento en cantidad, y pensemos en el crecimiento en calidad. Muchas de las cosas que más importan (una educación inspiradora, una medicina humanizada, o una alimentación más saludable) son producto de la labor de personas profundamente dedicadas al servicio que realizan para los demás”.

Personas que viven y trabajan “como si hubiesen hecho un juramento para que la cantidad de luz no disminuya en el mundo”.

Muchas gracias por su atención.

Alejandro Hernández Renner

Edificio Badajoz Siglo XXI, Badajoz, 22 de enero de 2015

Licencia de uso libre: Creative Commons Reconocimiento-CompartirIgual 3.0 Unported (CC BY-SA 3.0)
http://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es_ES

